

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



DIALOGOS

—Ya llegó Mayo florido.
—Y ¿hay lilas, chico?
—¡La mar!
¡Y si miento, que lo digan esos que creyendo están que España, con moldes viejos, se puede regenerar!
—Para fines de este mes eclipse de sol habrá.
—En vez de eclipsarse el sol, se debían eclipsar los que quieren que se eclipse el sol de la libertad.
—¿De dónde es usted, buen hombre?
—De Villapastor.
—¿Y hay pastos?
—Muchos, y de todos ellos el Municipio es el amo.
—Entonces el Municipio estará nadando en cuartos.
—Pues no tiene una peseta.
—¿Y por qué?
—Porque es el caso, que el borrico del alcalde se come todos los pastos.

VICENTE RUBIO.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 » trimestre..... 2,50 »
 » año..... 10 »

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 » semestre..... 6 »
 » año..... 12 »
EXTRANJERO... » año..... 15 »

La Unión Nacional sigue empeñada en la patriótica empresa de defender los intereses del pueblo.

A la hora en que escribimos estas líneas, los comercios de toda España han cerrado sus puertas como protesta de la desatentada gestión del Gobierno.

La nación despierta de su letargo y comienza a dar señales de vida.

Ya era hora.

EL VIAJE DE DATO

(Telefonemas especiales, muy especiales)

Barcelona 6, 7, 8 y 9 (12 n.) (¡Hora solemne!)

Acabamos de llegar yo y Dato.

Muchas personas en la estación, sin incluir a Durán y Bas y al obispo.

La gente, entusiasmada, prorrumpió en silbidos al vernos. Se oye cantar *Els Segadors*. Algunos gritan: ¡Viva Cataluña!

El ministro, emocionado ante tal recibimiento, da un abrazo a Sanz y Escartín.

El espectáculo es realmente conmovedor.

La ovación a Dato se prolonga hasta que llegamos a la Capitanía general.

¡Yo me siento muy conmovido!

Durante todo el día han seguido las manifestaciones en honor del ministro.

La Guardia civil, secundada hábilmente por la policía, ha dado varias cargas.

Se han hecho algunas prisiones.

Por lo demás, el orden es completo.

Escortados por la fuerza pública salimos del Liceo.

La representación de *Carmen* ha sido un verdadero éxito.

El público, puesto en pie, silbaba frenético.

Algunos gritaban: «¡Fuera! ¡Fuera!»

Por lo visto, la música no amansa a los catalanistas.

El Sr. Dato está muy satisfecho.

Hemos visitado el santuario de Monserrat para dar gracias a la Virgen por el feliz éxito de nuestro viaje.

El recibimiento que se nos ha hecho, si hemos de decir la verdad, ha sido bastante frío.

Ni un silbido, ni siquiera un grito de protesta.

Tampoco nos han cantado *Els segadors*.

¡Y que hablen luego de la hospitalidad catalana!

En Barcelona continúan entusiasmados con nosotros.

Los estudiantes han levantado barricadas a la puerta de la Universidad.

En las Ramblas siguen las cargas de caballería.

Hay muchos heridos y contusos.

Se han efectuado muchas detenciones.

Dícese que el Sr. Dato se ha suscrito por un año a *La Veu*.

Los comercios han cerrado sus puertas.

Llueven piedras.

¡Qué ovación la que hemos obtenido en Manresa y Tarrasa.

Verdaderamente indescriptible.

Los acompañantes del ministro casi todos estamos lesionados.

Ya no se canta *Els segadors*; se silba simplemente.

He podido observar que las piedras de Tarrasa son de gran tamaño.

En señal de regocijo no se trabaja en las fábricas.

Grupos numerosos de obreros nos obsequian con una serenata.

El señor Dato, agradecidísimo, ha decidido marcharse a las Baleares.

¡Dios nos coja confesados!

En este momento acaba de recibir el señor Dato el siguiente telegrama urgente del presidente del Consejo:

«Regrese a Madrid inmediatamente. Entusiasmado con el feliz éxito de su viaje, voy a plantear la cuestión de confianza. Recuerde al célebre torero *Almejitas*, que murió a consecuencia de un *orsequio*.—Silvela.»

Comentario de nuestro corresponsal:

—Tenía razón el señor Silvela; el catalanismo es sólo una perturbación... literaria.

UNA OBSERVACION

Oid. En las minas de Schefield ha ocurrido una horrible catástrofe. De 250 trabajadores que bajaron a los pozos perecieron 220 por una explosión, que hizo estremecer el suelo y levantó a centenares de pies masas de polvo y piedra. La mayor parte de los muertos deja a sus familias en la miseria.

Ninguno de vosotros ignora cuán frecuentes son esas catástrofes. Se las oye con la mayor indiferencia, y de seguro hay muy pocos que al consumir hulla recuerden las víctimas que ocasiona arrancarla. Algunos son inhumanos hasta el punto de atribuir a imprudencias de los mineros tan horribles desventuras.

Hay una guerra, y con la curiosidad que en nosotros despiertan las luchas, seguimos paso a paso sus peripecias. Damos con una batalla donde perecieron por una y otra parte millares de combatientes, y si han salido vencedores los que a nuestros ojos defienden la buena causa, no sólo no lo sentimos, sino que también lo celebramos. Con placer recogemos todos los pormenores y todas las vicisitudes del combate.

Esto nos acontece aun cuando sean factores de la guerra nuestros compatriotas. Si la victoria fué señalada, nos exaltamos hasta el punto de echar las campanas a vuelo, atronar con vitores los aires y entonar a Dios cánticos de alabanzas. Para sentir lástima por los que hace cinco años fueron a pelear en Cuba, hubo necesidad de que viéramos desembarcar en los puertos de la Península a los que volvían demacrados y moribundos a causa de peligrosas heridas ó de peligrosas fiebres.

Nadie se acuerda de los que fenecieron en esas horribles luchas; sólo los lloran en el silencio de sus hogares sus amigos y sus deudos. ¡Que perdimos 100.000 hombres! No su pérdida, sino su derrota, nos afecta. De las bajas de los enemigos, por grandes que sean, aun á mengua y deslealtad tendríamos compadecernos.

¿No es verdad que parecemos peores que las fieras? Lo somos. Ved nuestra conducta en esos combates. Con júbilo vemos diezmas las filas enemigas por la metralla, dehechos por una bomba gruesos pelotones, teñidas de sangre nuestras espadas, destripados por las bayonetas cuantos se oponen a nuestro paso, derruidas por las balas ó el incendio las ciudades y las fortalezas, sembrado de cadáveres el campo. Se despierta la sed de sangre y se mata por matar y se ejerce las más horribles venganzas.

Ved, sin embargo, el reverso de esta medalla. Muere una persona en duelo y nos afectamos. Cae de un andamio un trabajador y nos salta el corazón en el pecho. Se levanta el patíbulo y se compadece al reo, aun cuando haya cometido el más atroz de los crímenes. Suenan por todas partes voces de indulto. Ya para condenarle á muerte, ¿qué de circunstancias no se ha atendido!

¿Me podréis explicar tan notable diferencia? ¿No os parece imposible que las muertes individuales nos afecten más que las colectivas? Desentrañar los motivos es tarea más difícil de lo que parece.

LOS VENCIDOS

«La Débâcle».

Guerra franco-prusiana.—El octavo batallón de línea después del desastre.

Maltrechos van los vencidos:

son los héroes que quedaron.

El batallón fulgurante,

por la metralla diezmado,

no ofrece ya sino restos

informes, mustios y escualidos.

Fueron hombres; hoy son cosas

que empuja el injusto acaso,

ciego como la avalancha,

como la tormenta bárbara.

Se consumió la hecatombe

sobre los fértiles campos

y las alegres florestas

y los valles perfumados,

monstruo de escamas de fuego

pasó la guerra silbando,

y el victorioso estandarte

de Francia, roto en pedazos,

cayó sobre la cureña

de los cañones germánicos.

Maltrechos van los vencidos.

En sus rostros atezados

se refleja la ira, el hambre,

la tristeza y el cansancio.

La catástrofe sobre ellos

pesa cual losa de mármol,

y ante la patria asolada

que convulsiona el espasmo,

aquellos hombres curtidos

de la batalla en el trágico

ambiente, semejan sombras

escapadas del osario,

que en la alta noche dirigen

allá, á algun punto ignorado,

donde entre ruinas de ruinas

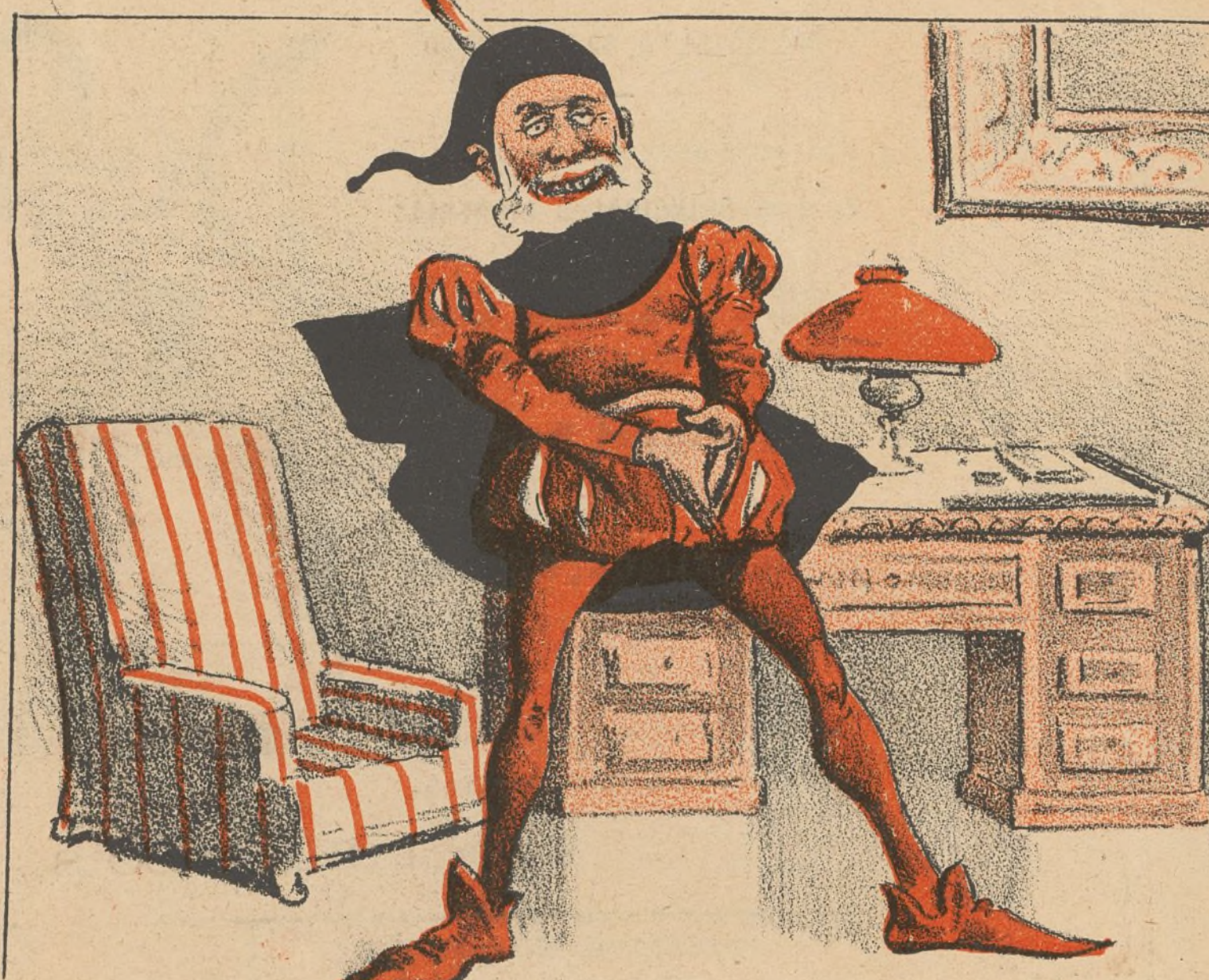
vela escondido el arcano.

DON QUIJOTE

EL VIAJE DE DATO



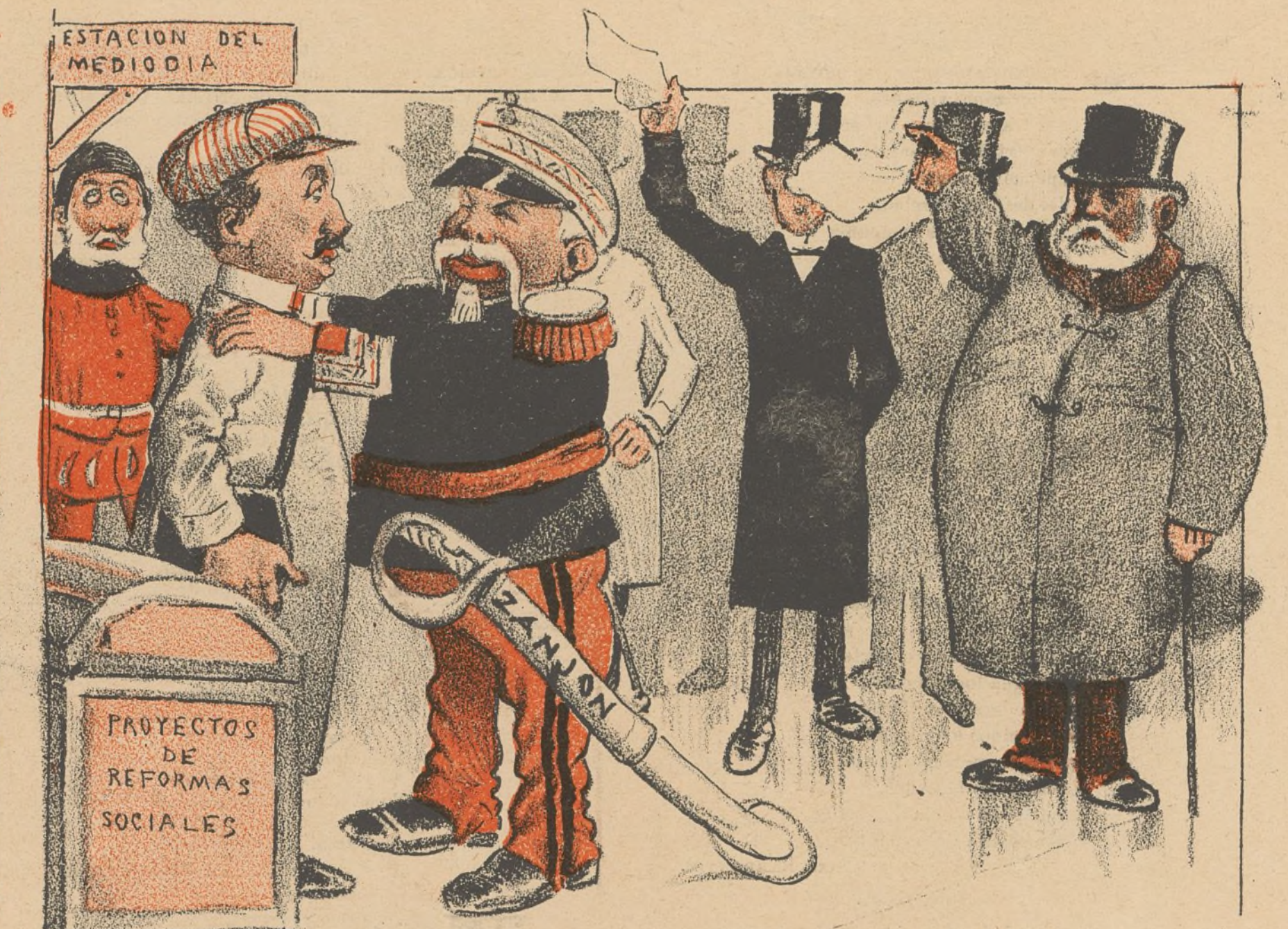
Silvela.—No tiene usted otro remedio sino sacrificarse... Hay que sondar la herida... Hay que averiguar qué es eso del catalanismo.



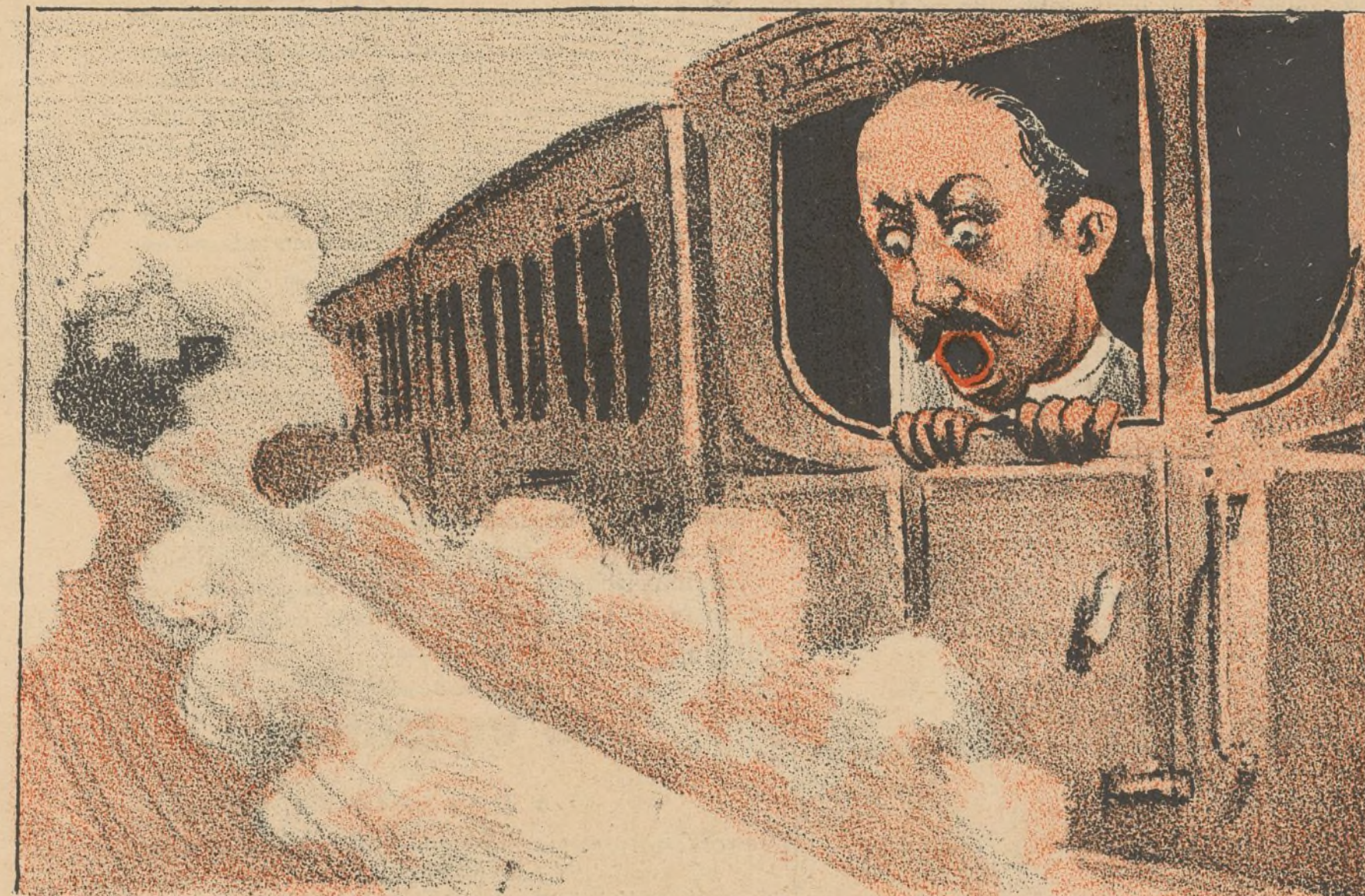
Silvela.—Pobre muchacho, qué pronto se ha convencido! En fin, ya veremos lo que resulta de la aventura. Si lo silban... ¡ahí me las den todas!



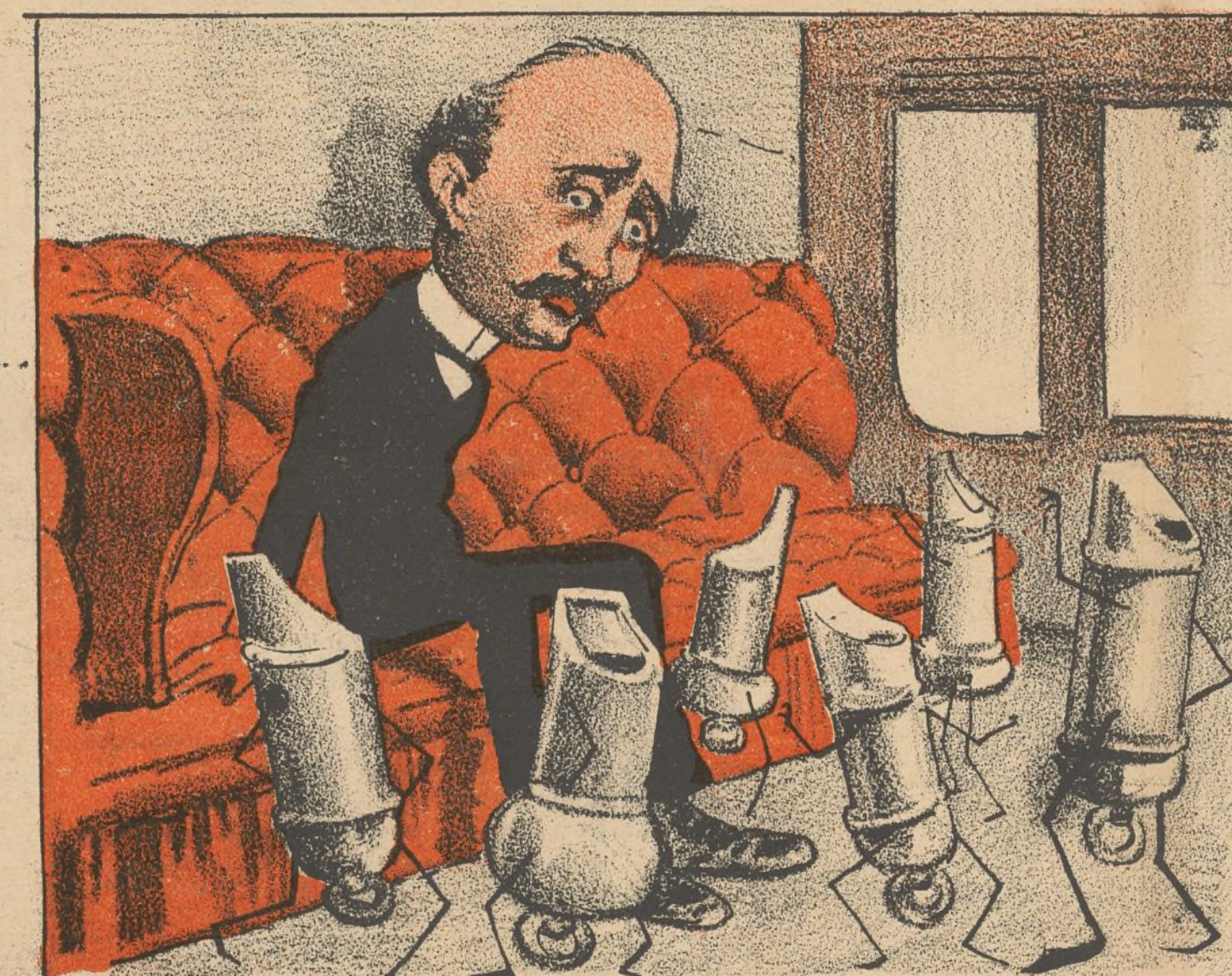
Dato.—Las noticias que me comunican son tranquilizadoras; las autoridades responden del orden, sin embargo, ¡tengo un miedo!



Coro de personajes.—Martínez Campos.—¡Adiós, y ojalá los catalanistas le reciban á usted mejor que me recibieron á mí! ¡Adiós, héroe!



Dato.—¡Cielos!, me parece que silban... (Tranquilízense). ¡Pero si es la locomotora!



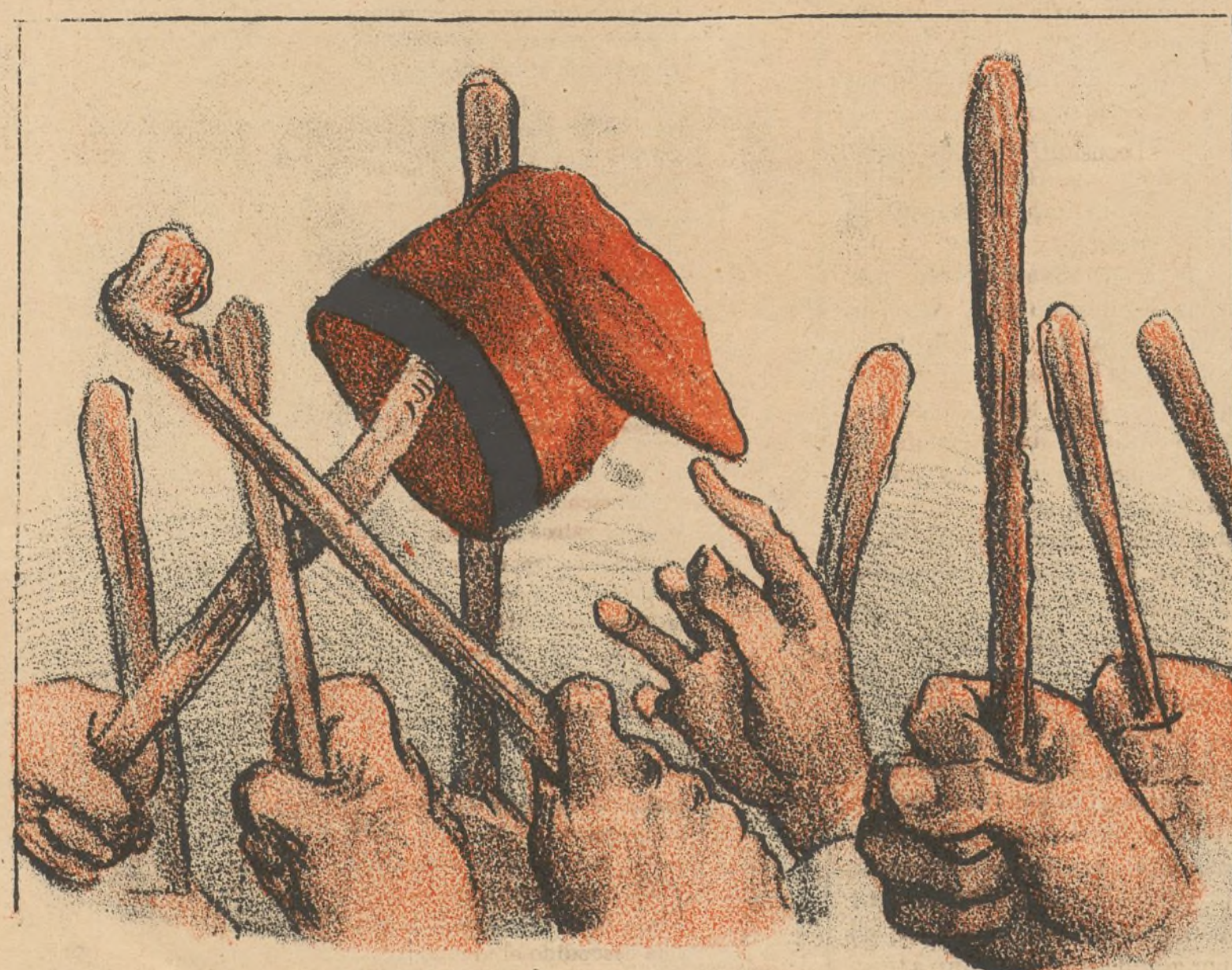
Dato.—¡Dios mío! ¡Ni aun aquí me dejan en paz!



Entrada triunfal.



¡Pi! ¡Pi! ¡Pi!



(.....)



Dato.—¡A Madrid me vuelvo! ¡Ya he estudiado bastante el catalanismo!



Silvela.—¿Qué tal el viaje, amigo Dato? Dato.—¡Admirable! ¡Una ovación continuada y sin fin! Tenía usted razón; ¡eso del catalanismo es sólo un extravío!

Silvela.—¡Pero qué populares somos! Dato.—¡Popularísimos!



¿Todavía?

Maltrechos van las vencidos,
con sus miradas ahondando
las densas brumas que envuelven
el horizonte violáceo.
Sus trajes hechos jirones,
convertidos en harapos,
apenas cubren las carnes
del desastroso rebaño
que escolta una compañía
de granaderos prusianos.
Las trochas son cenagales;
las sendas ríos de barro.
No se ven junto al camino
más que restos del infausto
suceso; muertos horribles,
cadáveres de caballos,
viviendas donde las hordas
ebrias entraron á saco,
é incendios que hasta la altura
alzan sus negros penachos.
Y por entre aquel siniestro
cementerio, en que el estrago
sació sus ansias de fiera,
van los vencidos marchando,
sufriendo del duro Norte
y el agua los latigazos,
con la derrota en la frente,
enrojecidos los párpados,
por el tremendo infortunio
imbéciles y alocados,
como si en su ola de vértigo
los arrastrara el espanto.

PEDRO BARRANTES.

LA BATALLA DE JATIBA

Suele ser materia de delito para el señor fiscal todo lo que sale de nuestra pecadora pluma. No nos atrevemos, pues, á comentar por cuenta propia los vergonzosos sucesos de Játiba, y copiamos á continuación unos fragmentos del artículo que *El Nacional* ha dedicado á este asunto, haciendo nuestras sus palabras y juicios. Dice así el valiente colega:

«El primer efecto que han logrado los animosos oficiales de la guarnición valenciana, es inspirar á las gentes un gran deseo de conocer la poesía que les encendió el coraje. Que será mala, no lo dudamos; que injusta, nos lo hace presumir la ceguera de esos oficiales que se reúnen, en número de 53, para montar un tren militar contra el infeliz y desvergonzado poetaastro.

Todavía se disculpa la acción colectiva dentro de una población, á la postre de acalorados debates, cuando están vecinos el lugar de donde salió el ultraje y el sitio donde á propósito de él deliberan los agraviados.

Pero el golpe meditado, convenido y dispuesto, los preparativos todos que se conocen, merecerán seguramente la reprobación de militares y paisanos.

Muy censurable es el hecho, y francamente declaramos no hallar modo de calificarlo como él se merece. Enfrente de agresiones posibles, tales como las de Játiba, es de ninguna eficacia el valor personal, pues habría de estrellarse siempre contra la violencia del número.

Hemos de decir, sin embargo, que hallamos en el suceso algo peor que la batalla contra los chivaletes de la imprenta de *El Progreso*. Cuando se acometen ciertas empresas, es preciso rematarlas gallardamente; y si los oficiales valencianos iban en número de cincuenta contra dos, no debieron replegarse ante las iras del pueblo de Játiba, ni encerrarse en la estación, ni tomar el tren protegidos de la Guardia civil y de la casual intervención del general Molit.

La calaverada de ayer no tenía más redención posible que la de caer allí en las calles de Játiba, sosteniendo contra todo el pueblo, contra la provincia entera, las ligerezas inspiradas por un excesivo, pero disculpable espíritu de cuerpo.

Ese riesgo debiera traer siempre abandonar los caminos conocidos y practicados para obtener reparaciones ó satisfacciones de las injurias y seguir este otro de las violencias colectivas y las represalias airadas.

Han cambiado mucho los tiempos en breve espacio, y tampoco ha de olvidarse que el poeta de hoy, ofensor de los militares, vestía hace unos meses uniforme de soldado. Porque lo grave, lo alarmante de la situación actual, es que el enojo de las clases populares no va contra el ejército, no va contra los soldados, no va siquiera contra todas las armas del ejército.

Triste cosa es que sólo los desahogos de la prensa tengan el triste privilegio de levantar indignación entre los militares. Diputados y senadores, oradores de mitin y conferenciantes de Ateneo, catedráticos y publicistas han flagelado implacablemente al ejército sin despertar sus iras ó sin que ellas se manifestasen de tan violento modo como las enciende ahora el coplero jatibeno.

LA REGENERACIÓN

PRIMERO.—Método antiguo, llamado *carcatólico*. Arriba el rey con su confesor y sus concubinas, sus favoritos, sus caballos y sus perros. Abajo los vasallos apaleados, desorejados y *enforcados* por el señor. Por encima de todo esto el Papa, la inquisición, los jesuitas y un enjambre de curas, frailes, monjas, beatas y monagos y hermanos de todas clases, castas y cataduras.

SEGUNDO.—Sistema mixto, de nueva invención. Monarquía simple con viso constitucional y unidad católica, ó si á mano viene, una republiquitá consagrada al corazón de Jesús ó la rabadilla de San Pascual Bailón, en donde mande el Papa por medio del nuncio. Los dichos apaleamientos, ahorcamientos, etc., etc., y el susodicho enjambre de curianas y fraulucos de distintas ganaderías.

TERCERO.—Procedimiento moderno; estilo Narváez. Imperio del chafarote. Estado de sitio, infantería, caballería, estacazo limpio; cuerdas á Fernando Póo; fusilamientos y demás requilorios de orden. Y, eso sí, el supradicho enjambre de pajarracos tonsurados.

CUARTO.—Método actual, democrático embolado, con vistas á la civilización artificial. Eclecticismo, barullo, trampa adelante, desvergüenza, robos, enredos, extracción de los últimos perros chicos, la bancarrota, la *débacle*, el fin del mundo. El enjambre clerical, por supuesto, encima.

EN LA SACRISTÍA

CUENTO BATUERO

—¿Güen día, mosen José.
—¡Hola! ¿Qué te trae, Perico?
—Pus traigo este *pequeño*
pa que lo bautica usté.
—Y ¿qué nombre se le pone?
—Tigre.
—¿Tigre? Tú estás malo.
—Pus yo Tigre *hi de llamalo*.
—En fin, que Dios te perdone.
—Tigre ha de ser, ¿eh?
—¿Qué empeño!
Pero, hombre, ¿se te figura...?
—Nada, nada, señor cura,
á sí, á me llevo al *pequeño*.
—Y ¿por qué esa obstinación
que luego al chico denigre?
—Razón tengo.
—¿Qué razón?
—¿No se llama el Papa *Lión*?
—Sí.
—¿Güeno. Pus éste, Tigra.

RAMÓN L. MONTENEGRO.

UNA INTERVIEW

Vagaba yo, ya muy entrada la noche, por uno de esos barrios que han conservado su carácter, resistiendo tenazmente las invasiones de la urbanización moderna y donde la fantasía puede fácilmente evocar la imagen de las cosas que fueron. Al atravesar cierta tortuosa callejuela, llamé mi atención una débil luz que salía de la ventana de un piso bajo. Miré. Por entre las entreabiertas cortinillas alcancé á ver una pobrísima estancia. En medio de ella, y junto á una humilde mesa de no pintado pino, una mujer joven y hermosa cosía con afán á la tenue luz de brumosa y mortecina lámpara.

¿De dónde me vino la idea de *interviewar* á la costurera? Sin duda debió sugerírmela el recuerdo de las declaraciones de la bella Otero que había leído aquella misma noche en un periódico de gran circulación. Experimentaba viva curiosidad por penetrar los misterios de aquella vida triste y laboriosa. No siendo la hora la más propia, apacé mi empresa para el siguiente día.

Mediante una módica propina, el portero, un vejete de aspecto socarrón, me dió, con aire malicioso, cuantas noticias le pedí. Llamé luego á la puerta y salió á abrir una mujer. Era la obrera de la vispera.

—¿Doña Fulana de Tal?—pregunté.

—Yo soy; ¿qué se le ofrecía á usted?

—Señora, dije, soy periodista y deseo celebrar con usted una *interview*.

—¿Una *interview*?

—Sí, una entrevista, un coloquio, un diálogo, cuyo contenido sirva para aplacar por un momento la voracidad de ese monstruo insaciable que se llama público.

—¿Adie importan mis asuntos—respondió con cierta sequedad. El público no puede interesarse en ellos. Yo pertenezco por completo á la vida privada.

Traté de convencerla. Sí, ella podía suministrarme datos que fuesen para el público motivo de interés; más que eso, de edificación y de ejemplo. No todo había de ser comentar los hechos y dichos de los personajes rimbombantes. También en las existencias modestas, que se esfuerzan en pasar inadvertidas en medio del tumulto social, había para el pensador y el humanista asuntos dignos de atención.

—Pregunte usted—dijo en tono resignado, reanudando su interrumpida labor.

—Perdone mi atrevimiento. La indiscreción es la virtud de mi oficio. Usted es dueña de contestar ó no á mis preguntas, según le acomode. ¿Es usted viuda?

—No, señor; soy casada.

—Acaso su esposo habrá ido al Transvaal á pelear en favor de los boers, como el *amigo* de la bella Otero.

—No creo que haya ido tan lejos. Cuando nos casamos era él un muchacho sin iniciativas, sin voluntad, hijo de una familia opulenta venida á menos. No sabía, como suele decirse, ganarse una peseta. Pronto se consumió mi dote, y con ella se desvaneció su amor. No ha tenido valor para luchar con la miseria y las privaciones. Un día desapareció. Se fué... no sé dónde. No le culpo. Donde quiera que esté deseo sólo que sea feliz.

Una lágrima resbaló por sus mejillas, y cayó sobre la blanca tela.

—Aunque la pregunta me parezca ociosa—dije, contemplando la desmantelada habitación—, quiero seguir paso á paso en este interrogatorio el plan que de ante-

mano me he propuesto. La bella Otero compró días pasados, en una joyería de la Carrera de San Jerónimo, una magnífica perla negra. ¿Es que usted no tiene algunas joyas?

—Una tengo—respondió sonriendo dulcemente—, y tal que nunca figuró otra semejante en el joyero de una reina.

Como esta respuesta despertara mi curiosidad, se levantó, puso un dedo sobre sus labios, me hizo seña de que la siguiera de puntillas, y, alzando una blanca cortina, me mostró un hermosísimo niño de pocos años, que yacía en el lecho profundamente dormido. Aquella era su joya. La pobre mujer había repetido sin saberlo la arrogante frase de la madre de los Gracos.

Luego, aludiendo sin duda á sus ansiedades por el porvenir de la criatura, murmuró:

—He aquí mi cielo y mi infierno.

Otras alhajas tuve—añadió, volviendo á su trabajo—, de esas que se compran y se venden, y, sobre todo, que se empeñan. Todas se fueron una á una. No me ha sido posible conservar ni aun aquellas que representaban para mí recuerdos sacratísimos; el medallón de mi madre, mis primeros pendientes, mi anillo de boda... La vida es difícil. ¡Considere usted! ¡Doce céntimos el panecillo, un real el quilo de patatas! No siempre se come.

—¿Y cuánto gana usted cosiendo?

—Trabajando de doce á catorce horas puedo sacar seis reales. Cuando encargan algún bordado se gana algo más. También se gana más haciendo vestidos; pero ¡hay tan pocos! Las camisas para los soldados se hacen pronto; pero ¡las pagan tan mal! Lo peor son los paros. El trabajo escasea, y se pide y se obtiene como un verdadero favor. De algún tiempo á esta parte un sinnúmero de congregaciones de hermanitas acaparan toda la labor para hacerla por manos de las mujeres pecadoras y arrepentidas, á quienes recogen y amparan.

Al oír estas palabras asaltóme el recuerdo de un sinnúmero de hombres públicos, igualmente pecadores y arrepentidos, que han ido á hacer penitencia en el festín del presupuesto. ¿Será necesario haber pecado para poder vivir aquí? ¿Estará constituida esta sociedad como una especie de asilo para las Magdalenas de uno y otro sexo.

—La bella Otero, le dije, se propone abandonar su profesión y consagrar el resto de sus días á hacer el bien que le sea posible en un honesto retiro. ¿No piensa usted también dejar la costura?

Miróme sorprendida.

—¿Dejar la costura? ¿Y con qué había entonces de vivir? Esa señora de que usted habla será sin duda rica por su casa, y así no necesita...

—No lo crea usted. Nuestra hermosa compatriota es de origen humilísimo. La ha hecho rica el ejercicio de una profesión lucrativa. Esto la permitirá vivir en lo sucesivo con holgura, y aun con opulencia, gracias al fruto de su trabajo.

—La costura no da para tanto, replicó mi interlocutora con un suspiro.

Contemplábala yo, mientras cosía, con infinita compasión. Envejecida antes de tiempo, ajada por las penas y las privaciones, los restos de una belleza, que debió ser en un tiempo espléndida, bastaba aún á hacer de ella una muy hermosa mujer. Pronto á la lástima sucedió en mí la admiración. ¿No es en verdad heroico arrostrar voluntariamente la miseria que se puede evitar con sólo quererlo?

Alzó ella los ojos y acaso leyó este pensamiento en los míos. Ello es que se levantó como para dar fin á la entrevista. Ofrecle mis servicios, que rehusó con una dignidad natural y sin pizca de afectación, y me retiré.

Al dejar la pobre estancia, hondas meditaciones embargaban mi mente. Pensaba en la moderna Friné, ídolo del eterno culto de la Venus fácil. Pensaba en los estragos que harán en las fantasías femeninas su fausto, su servidumbre, su hotel de la Avenida Keeler y los siete millones de francos en que están tasadas sus alhajas. Pensaba en la muchedumbre de criaturas que pudieran haber sido redimidas con esa suma de la indigencia y de la infamia. Pensaba en la singular textura de una sociedad que predica la virtud y premia al vicio y le enaltece. Pensaba en la peregrina manera con que la prensa cumple á veces su misión moralizadora...

Pasé los ojos por un diario de la mañana: discurso de Møret; declaraciones de Sagasta; propósitos de Silvela... Y vinome á la memoria la imagen de muchos hombres llenos de inteligencia y rectitud, que viven en la obscuridad y la pobreza...

«¡Virtud, no eres más que un nombre!», estuve á punto de exclamar, como el matador de César después del desastre de Filipos. Pero me contuve. No, menester es que la virtud tenga muy hondas raíces en el corazón humano para que logre sobrevivir resistiendo á la acción deletérea de espectáculos semejantes.

ALFREDO CALDERÓN.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12